

- ¿Por qué?
- Estoy seguro de haber visto un peñasco muy alto y muy cercano. Es el Hanois mayor.
- Habreis visto un poco de niebla mas densa.
- Es el Hanois mayor. ¡Birad de bordo, en nombre del cielo!
- Clubin sacudió la caña del timon.

## V.

## CLUBIN LLEVA Á SU COLMO LA ADMIRACION QUE CAUSA.

Se oyó un crugido. El rompimiento del costado de un buque en un bajío en alta mar es uno de los ruidos mas lúgubres que imaginarse pueden. La Duranda se detuvo.

El choque hizo caer y rodar sobre la cubierta á algunos pasajeros.

El guernesiano levantó las manos al cielo.

—¡Los Hanois! ¡bien decia yo!

Resonó en el buque un grito prolongado.

—¡Estamos perdidos!

La voz de Clubin, seca y breve, dominó el grito.

—¡Nadie está perdido! ¡Silencio!



El cuerpo negro de Imbrancam, desnudo hasta la cintura, salió por la escotilla.

El negro dijo con calma:

—Capitan, el buque hace aguas. La máquina va á apagarse.

El momento fue espantoso.

El choque se habia parecido á un suicidio. Hecho espresamente, no hubiera sido mas terrible. La Duranda se habia arrojado como si atacase el escollo.

Una punta de roca habia entrado en el casco del buque como un clavo.

Mas de una vara cuadrada de palmejares habia saltado, el estrave estaba roto, el tajamar destrozado, la proa hundida, y el casco abierto bebia el mar con un hervor horrible. Era una herida por la cual entraba el naufragio.

La repercusion habia sido tan violenta que en la popa habia hecho trizas la cadena que afianzaba el gobernalle, y éste quedó desencajado y suelto. El buque estaba desfondado por el escollo, y á su derredor no se veia mas que la niebla densa y compacta, á la sazón casi negra.

La noche llegaba.

La Duranda se sumergia por la proa. Era el caballo que lleva en las entrañas la cornada del toro. Estaba muerta.

Se hacia sentir en el mar la hora de la marea.

Tangrouille se habia serenado; nadie está ébrio en un naufragio; bajó al sollado, volvió á subir á cubierta, y dijo:

—Capitan, el agua inunda la sentina. Dentro de diez minutos llegará al nivel de los imbornales.

Los pasajeros corrian por la cubierta desolados, retorciéndose los brazos, asomándose por las orlas, mirando la máquina, haciendo todos los movimientos inútiles del terror. El turista se habia desmayado.

Clubin hizo con la mano una señal, y todos callaron. Interrogó á Imbrancam:

—¿Cuánto tiempo puede aun funcionar la máquina?

—Cinco ó seis minutos.

Interrogó despues al pasajero guernesiano:

—Yo estaba en el timon. Vos habeis observado la roca. ¿En qué banco de los Hanois hemos encallado?

—En la Mauve. Ahora poco, durante una clara, he reconocido la Mauve perfectamente.

—Hallándonos en la Mauve, repuso Clubin, tenemos el Hanois mayor á babor, y el Hanois menor á estribor. Estamos á una milla de tierra.

La tripulacion y los pasajeros, atentos y temblando de ansiedad, escuchaban con la mirada fija en el capitan.

Aligerar el buque no tenia objeto, y era además imposible. Para echar el cargamento al mar, hubiera sido menester abrir las portas, y aumentar la facilidad de entrar el agua.

Echar el ánora era inútil, habiendo encallado. Además, en aquel fondo en que el ánora se hubiera apalancado, la cadena no la hubiera podido sujetar. No hallándose estropeada la máquina y estando aun á disposicion



del buque en tanto que el fuego no se apagase, es decir, durante algunos minutos, se podía á fuerza de ruedas y vapor retroceder y arrancar la embarcacion del escollo.

En este caso, zozobraba inmediatamente. La roca, hasta cierto punto, tapaba la avería y dificultaba el paso del agua. Servia de obstáculo. Desobstruida la abertura, hubiera sido imposible cegar la via de agua y dominarla con las bombas.

El que saca el puñal clavado en el corazon, mata inmediatamente al herido. Desprenderse de la roca era irse á pique.

Los bueyes, alcanzados ya por el agua en la sentina, empezaban á mugir.

Clubin mandó:

—El bote al agua.

Imbrancam y Tangrouille se precipitaron y soltaron las amarras. El resto de la tripulacion miraba inmóvil como si estuviesen todos petrificados.

—Todos á la maniobra, exclamó Clubin.

Todos obedecieron.

Clubin, impasible, continuó dando voces de mando en aquella antigua jerga que no comprenderian los actuales marinos:

—Tieza.—Un verted los si está trabado el cabrestante.

—Basta de virar.—Arría.—Que no se junten las garruchas del cordaje arriado en banda.—Abatid.—Tirad de los dos cabos.—A la vez.—Hay demasiado roce.—Toca los fiadores del aparejo.—Atencion.

El bote estaba en el agua.

En aquel mismo instante, las ruedas de la Duranda se pararon y cesó el humo; el horno se habia apagado.

Los pasajeros, deslizándose á lo largo de la escala, ó colgándose de los cables en banda, no bajaban, sino que se dejaban caer dentro de la chalupa. Imbrancam levantó al turista desvanecido, lo dejó en el bote, y subió de nuevo al buque.

Los marineros se precipitaban detrás de los pasajeros, pisoteando al grumete que habia caido bajo sus pies.

Imbrancam les cerró el paso.

—Nadie ha de pasar antes que el chiquillo, dijo.

Con sus dos brazos de ébano separó á los marineros, cogió al grumete, y lo entregó al pasajero guernesiano que, en pie dentro del bote, recibió á la criatura.

Salvado el grumete, Imbrancam dijo á los otros:

—Pasad.

Clubin mientras tanto habia bajado á su camarote y formado un paquete con los papeles de á bordo y los instrumentos.

Sacó la brújula de la bitácora. Entregó los papeles y los instrumentos á Imbrancam y la brújula á Tangrouille, y les dijo:

—Bajad al bote.

Bajaron. La tripulacion les habia precedido. El bote estaba lleno. El oleaje besaba su borde.

—Ahora, gritó Clubin, marchad.

Un grito salió del bote.



—¿Y vos, capitán?

—Yo me quedo.

Los que naufragan tienen poco tiempo para deliberar y menos aun para enternecerse.

Sin embargo, los que se hallaban en el bote y relativamente seguros, experimentaron una conmoción que no era por ellos mismos.

Todas las voces insistieron á la vez:

—Venid con nosotros, capitán.

—Yo me quedo.

El guernesiano, que sabía lo que es el mar, replicó:

—Capitán, escuchad. Habéis varado en los Hanois. Anado no hay que andar mas que una milla para ganar Plainmont. Pero en una barca no se puede atracar mas que á la Rocquaine, y hay dos millas. Hay rompientes y niebla. Este bote no llegará á la Rocquaine antes de dos horas. Hará una noche muy negra. La marea sube, el viento refresca. Una borrasca está próxima. Nada deseamos tanto como venir á buscaros luego, pero si el temporal arrecia, como es muy posible, nos será imposible. Embarcaos con nosotros.

El parisiense intervino:

—Verdad es que el bote está lleno, demasiado lleno, y un hombre más sería un hombre sobrante. Pero somos trece, y este número es malo para la barca. Mas vale sobrecargarla con el peso de otro hombre que dejarla bajo el de este fatídico guarismo. Venid, capitán.

Tangrouille añadió:

—Toda la culpa es mia, y no vuestra. No es justo que seais vos quien se quede.

—Yo me quedo, dijo Clubin. El buque será hecho trizas esta noche por la tempestad. Yo no le abandonaré. Buque perdido, capitán muerto. Se dirá de mí: Ha cumplido su deber hasta el fin. Tangrouille, yo os perdono.

Y cruzando los brazos, gritó:

—Atención á la voz de mando. Larga en banda la amarra. Partid.

El bote se estremeció. Imbrancam había cogido el gobernalte. Todas las manos que no remaban se dirigieron hácia el capitán. Todas las bocas exclamaron: ¡Viva el capitán Clubin!

—Hé aquí un hombre admirable, dijo el americano.

—Compañero, respondió el guernesiano, es el hombre mas honrado de toda la mar.

Tangrouille lloraba.

—Si yo tuviese corazón, murmuró á media voz, me habría quedado con él.

El bote se abismó en la niebla y desapareció.

No se vió ya nada.

El ruido de los remos fue decreciendo hasta desvanecerse completamente.

Clubin se quedó solo.